



IZABELA WAGNER

Bauman

Una biografía

PAIDÓS

IZABELA WAGNER

BAUMAN

Una biografía

Traducción de Albino Santos Mosquera

PAIDÓS Contextos

Título original: *Bauman. A Biography*, de Izabela Wagner
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

1.^a edición, febrero de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Izabela Wagner, 2020
© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2022
Corrección de estilo a cargo de Teresa Lozano
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2022
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3900-4
Fotocomposición: Realización Planeta
Depósito legal: B. 153-2022
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción	11
1. Una infancia feliz, «dadas las circunstancias»	19
2. Un alumno sin igual.	35
3. La suerte de un refugiado de guerra (1939-1944)	55
4. Éxodo ruso, 1941-1943	81
5. La guerra sagrada	103
6. Oficial del Cuerpo de Seguridad Interior.	137
7. «Un hombre en una sociedad socialista»	175
8. Un joven académico	219
9. Años de esperanza.	265
10. Un «antiidilio» con la Bezpieka	295
11. El año 1968	333
12. Tierra Santa	369
13. Un catedrático británico	403
14. Un intelectual en su trabajo	429
15. Pensador global.	469
<i>Conclusión. Legado</i>	511
<i>Apéndice. Trabajar sobre Bauman</i>	519
<i>Agradecimientos</i>	529
<i>Bibliografía</i>	535
<i>Notas</i>	551
<i>Índice onomástico y de materias</i>	663

Una infancia feliz, «dadas las circunstancias»

Poznan (1925-1932)

UN LUGAR Y UNA FECHA DE NACIMIENTO MUY SIGNIFICATIVOS

Zygmunt Bauman nació el 19 de noviembre de 1925 en Poznan (Polonia). La edición matutina del periódico local más popular, el *Kurjer Poznański* [*Mensajero de Poznan*], traía aquel día noticias frescas de Roma. «Ovaciones entusiastas en honor de Mussolini —informaba—. Fantástico discurso del primer ministro en la sesión de apertura del Parlamento. La sesión de hoy de la Cámara de los Diputados arrancó en un ambiente de especial emoción, rebosante de entusiasmo y de animación entre los invitados allí presentes en honor de Mussolini.»¹

En la edición de tarde del *Kurjer* de aquella jornada se incluyó el séptimo capítulo de una serie de artículos titulados «La sociedad del distrito de Poznan y de Pomerania en la Polonia reconstruida»,² escritos por el conocido político nacionalista Roman Dmowski.³ El primero se había publicado el 12 de noviembre, el día después del séptimo aniversario de la independencia del nuevo Estado polaco, alcanzada tras haber estado ciento veintitrés años «repartido» entre Rusia, Prusia y el Imperio austrohúngaro. Dmowski subrayaba lo importante que era la conciencia nacionalista de las masas. Era un asunto de suma trascendencia, afirmaba, para cerrar filas de manera uniforme contra los judíos, una misión en la que se podía decir que Poznan era punta de lanza.⁴ Ese era el mundo en el que nació Zygmunt Bauman.

No se puede decir, pues, que fuera un día muy propicio para quienes pertenecían a aquella *minoría étnica*, una expresión que aún no se usaba en aquel entonces. Los judíos llevaban más de mil años viviendo en suelo polaco, pero la mayoría los consideraba «foráneos», «otra gente», personas que estaban lejos de tener reconocida la condición de miembros

de pleno derecho de la sociedad política. La situación de los judíos polacos difería de la de sus correligionarios en Francia o Alemania, donde, desde finales del siglo XVIII, se había producido un mayor grado de asimilación. En Polonia, el judaísmo no solo era un estatus religioso: a los judíos se los caracterizaba como diferentes en muchas categorías —cultura, nacionalidad, etnia— para evidenciar que, aunque llevaban siglos viviendo en la misma tierra que los polacos católicos, pertenecían a un pueblo separado.

Años después, en un ensayo privado que escribió para sus hijas,⁵ Bauman explicaba así la situación del judío polaco en su contexto histórico:

No puedo evitar la historia. La historia decretó que el estado de «ser polaco» haya sido durante siglos una cuestión de decisión, elección y acción, es decir, que fuera algo por lo que uno tenía que luchar, y que había que defender, cultivar de forma consciente y preservar atentamente. «Ser polaco» no significaba vigilar unas fronteras bien establecidas y demarcadas, sino dibujar unos confines que no existían todavía: *crear* realidades, en vez de expresarlas. Había en la *polonidad* una vena constante de incertidumbre, de cosa que es así «hasta nuevo aviso»: una especie de provisionalidad que otras naciones, más seguras de sí mismas, apenas han conocido.

Dadas las circunstancias, pues, solo cabía esperar que la nación, asediada y siempre amenazada, se empeñara en comprobar y volver a comprobar la lealtad de quienes engrosaban sus filas. Desarrolló así un temor casi paranoico a quedar anegada, diluida, sobrepasada, desarmada. Miraba con recelo y desconfianza a todos los recién llegados que no se presentaran con unas credenciales poco menos que intachables. Se veía rodeada de enemigos y temía, más que a ningún otro, al «enemigo interior».

Dadas las circunstancias, también había que aceptar que la decisión de ser polaco (en especial, si no la habían tomado ya unos ancestros tan distantes en el tiempo como para que estuviera petrificada en la realidad como la más sólida de las rocas) significaba optar por unirse a una lucha sin victoria asegurada y sin perspectivas de que pudiera llegar a estarlo nunca. Durante siglos, las personas no se definían como polacas porque buscaran con ello hacerse la vida más fácil; de hecho, a quienes se definían como polacos rara vez se les podía acusar de haber optado por la comodidad y la seguridad. En la mayoría de los casos, eran dignos del elogio moral más incondicional y de la más calurosa bienvenida.

El hecho de que esas mismas circunstancias condujeran a consecuencias que apuntaban en sentidos opuestos, que chocaban entre sí y que, en

última instancia, desembocaron en conflicto abierto, es del todo ilógico. En fin, culpemos a las circunstancias.⁶

Definirse como polaco era una decisión individual, pero esta tenía que ser confirmada luego por la sociedad de acogida. Hablar de la «asimilación» de los judíos o de una identidad que fusionara la cultura polaca y la judía no era solamente una cuestión de identificación personal, sino que inevitablemente implicaba a la sociedad polaca en su conjunto. En este caso, «las circunstancias» de las que hablaba Bauman eran diferentes de las que posibilitaron la asimilación de los judíos en Francia y en Alemania con anterioridad al advenimiento del nazismo. Existe un adagio, popular en el siglo XX (y que aún pervive hoy en día), según el cual uno podía ser un judío francés o un judío estadounidense, pero no un judío polaco, porque había que elegir: ¡o lo uno o lo otro!⁷

Bauman explicaba el caso en concreto de la identidad polaca aplicando la perspectiva de la *longue durée*:⁸ «No deja de ser uno de los misterios de la psicología social que ciertos grupos que fundamentan su identidad sobre la voluntad y la decisión tiendan a negar a otros el derecho a auto-definirse; quizá lo que desean al cuestionar y denigrar la validez de la autodeterminación sea ocultar y olvidar los precarios cimientos de su propia existencia. Eso fue lo que ocurrió en la Polonia de entreguerras».⁹

En el libro *Primed for Violence: Murder, Antisemitism, and Democratic Politics in Interwar Poland* [*Preparados para la violencia: asesinato, antisemitismo y política democrática en la Polonia de entreguerras*], el historiador Paweł Brykczyński sostiene que el nacionalismo antisemita fue una fuerza muy potente en la cultura y la política, mayor de lo que muchos historiadores polacos están dispuestos a admitir:¹⁰ «No fue una fuerza hegemónica, desde luego. El nacionalismo antisemita se enfrentó a una importante competencia, encabezada por líderes políticos inteligentes y carismáticos como Piłsudski,¹¹ e impulsada por unos potentes sectores socialistas, radicales, liberales y conservadores moderados reunidos en torno a su figura».¹² Brykczyński sugiere que la esencia del conflicto entre los partidarios de Dmowski y los de Piłsudski radicaba (parafraseando a Benedict Anderson)¹³ en los diferentes modos de construir sus respectivas comunidades imaginadas.¹⁴ Mientras que, para Piłsudski, la sociedad polaca incluía a todos los ciudadanos de Polonia, con independencia de su religión o de su etnia, para Dmowski, la condición polaca estaba reservada a los católicos. Así pues, el problema del antisemitismo desempeñó un papel clave en el conflicto entre los partidarios de cada uno de esos dos líderes.

En la Polonia de entreguerras, las relaciones entre las dos comunidades vecinas eran dinámicas, con importantes diferencias entre regiones, dependiendo de cuál de las potencias tripartitas las hubiera gobernado en su momento. En la Polonia de los tres «repartos», las reglas referidas a la vivienda o al acceso a las profesiones y los oficios habían sido distintas en función de si se estaba bajo la jurisdicción del zar o la del káiser, y también había diferido la demografía de las poblaciones judías respectivas. Poznan, capital de la región de la Gran Polonia, tenía 169.422 habitantes en 1921, de los que solo un 1,2% eran judíos.¹⁵ Esta situación demográfica era una excepción entre las ciudades grandes de Polonia, donde, tras el renacimiento del Estado independiente (en 1918), los judíos representaban aproximadamente un tercio de la población (según los datos de 1921, en Varsovia eran el 33,13%; en Lodz, el 34,6%; en Cracovia, el 25%). Al parecer, eso explica por qué Dmowski mostraba tanto entusiasmo por Poznan, con su moderadísimo porcentaje de población judía y su «apego patriótico a la nación polaca».¹⁶ Entre el vocabulario al uso durante aquel periodo, era habitual la palabra *zażydzenie* («infestación de judíos» o «judaización»)¹⁷ El *Diccionario varsoviano* de 1927 define el verbo correspondiente como «contaminar con judíos [...], llenar un territorio de judíos, abarrotar de judíos». Como ejemplo de su uso, los autores del diccionario citan la novela *El soñador*, de Władysław Reymont, premio Nobel de 1924, cuyo protagonista afirma: «Me moriré aquí y me olvidaré de este país apestoso e infestado de judíos». Con frecuencia, se apuntaba en diarios y revistas de la época que Poznan era una de las ciudades polacas menos «infestadas de judíos».

En un artículo anterior de la serie que publicó Dmowski en el *Kurjer Poznański*, este hacía referencia a lo mucho que había avanzado Poznan en el «proceso de civilización [...]». La Gran Polonia, por ser la parte más antigua y occidental del país, estaba más civilizada que las otras regiones. Antes aún tenía más alemanes y menos judíos [que en la actualidad]» (edición vespertina, 13 de noviembre de 1925). De nuevo podía verse allí cómo se usaba el peso de la presencia judía como un indicador del retraso en el progreso civilizador. El «desarrollo económico» era una forma pretendidamente científica de disimular lo que no dejaba de ser un antisemitismo muy elaborado y generalizado.

El antisemitismo era muy acusado en Poznan en 1925, aun cuando la presencia de judíos en la ciudad fuese mucho más reducida que apenas una década antes. Desde finales del siglo XIX y hasta 1918, los judíos habían sido una parte importante de la vida económica y política de Poznan. Durante esos años, la población judía estuvo muy identificada

con Alemania y su situación era similar a la de otras comunidades de correligionarios suyos en Prusia. Tres grupos étnicos —alemanes prusianos, polacos y judíos— coexistían en una ciudad cuya lengua de comercio era el alemán. El polaco se hablaba en casa, pero estaba discriminado en lo que se refería a su uso en espacios públicos debido a la política de germanización impuesta por Bismarck. Lógicamente, los nacionaldemócratas abominaban de aquel periodo:

En 1853, fue la primera vez en que se eligió a judíos naturalizados como concejales del Ayuntamiento de la ciudad; su número superó incluso al de sus homólogos polacos, lo que empeoró una relación con la población polaca que ya distaba mucho de ser perfecta [...]. Para los polacos que ansiaban recuperar la independencia perdida, los judíos germanizados que alardeaban de su lealtad y su servilismo hacia Prusia pasaron a ser en algunos casos un colectivo más hostil que los propios alemanes. Los judíos de Poznan sufrieron esa hostilidad con particular dureza tras la Primera Guerra Mundial.¹⁸

Al término de la Primera Guerra Mundial, alemanes y polacos pugnar por el control de los territorios de alrededor de Poznan, y la tensión desembocó en la sublevación de la Gran Polonia de 1918-1919. La muy germanizada población judía de la región apoyó a la República de Weimar en aquel enfrentamiento, convencida de que el recién independizado Estado polaco no duraría. Cuando Polonia se hizo definitivamente con el control de la región, la mayoría de las familias judías que vivían en la ciudad la abandonaron para instalarse en territorio bajo control alemán: eran los judíos que habían «traicionado» al Estado polaco al haber apoyado a los alemanes en Poznan. Al mismo tiempo, la Revolución de Octubre de 1917 llevó hasta Poznan a una serie de «judíos orientales» (muchos de ellos, familias burguesas que huían de la Unión Soviética) que sí apoyaban al Estado polaco. Aun así, el antisemitismo aumentó como consecuencia de las demostraciones de fuerza del nacionalismo polaco durante los años de entreguerras. Los polacos católicos de Poznan no solían diferenciar entre unos judíos y otros; les daba igual si sus tradiciones estaban más ligadas a Alemania o a la zona de asentamiento del antiguo Imperio ruso: para ellos, no eran más que judíos.

El historiador Rafał Witkowski señala que, en 1922, el alemán seguía siendo la lengua oficial de los consejos y asociaciones de las sinagogas; en 1931, sin embargo, solo un 15% de los judíos de Poznan seguían siendo judíos alemanes, es decir, personas germanohablantes que se

identificaban con la cultura del país vecino.¹⁹ Es evidente que la población desplazada en su día ya había sido «reemplazada» por familias venidas del este.²⁰

LA FAMILIA

Los padres de Zygmunt Bauman eran también nuevos habitantes de la ciudad, a la que habían llegado en la década de los veinte. En el registro administrativo de Poznan, se lee que el padre de Zygmunt, Maurycy, se mudó al número 17 de la calle Prusa el 1 de julio de 1923.²¹ En el mismo documento, se indica que la fecha de nacimiento de Maurycy fue el 20 de febrero de 1890, en el municipio de Słupca, a unos cincuenta kilómetros al este de Poznan. La comunidad judía se había instalado en aquella pequeña localidad hacia 1870, y en 1900, los judíos representaban un 20% de su población (un 25% ya cuando Maurycy Bauman se fue para establecerse en Poznan).²² La madre de Bauman, Zofia, nació el 10 de febrero de 1894 en Rypin, cerca de Włocławek, donde existía una nutrida comunidad judía ya desde 1620. Su apellido de soltera aparece escrito de formas diferentes en distintos documentos: como Zofia Kon en el registro de su notificación de nuevo domicilio, y como Zofia (Zywa) Cohn en otras referencias documentales, sobre todo en las creadas tras la Segunda Guerra Mundial. La tercera persona mencionada en esa ficha de registro en Poznan es Tauba, hermana mayor de Zygmunt, nacida (según ese documento) en Słupca el 28 de enero de 1919. Y también figura allí el nombre del propio Zygmunt Bauman, el segundo (y último) hijo de la familia.

La información biográfica incluida en ese documento varía un tanto de la que aparece en papeles oficiales de otras épocas posteriores de la vida familiar. El propio Zygmunt Bauman facilitó versiones ligeramente diferentes sobre su familia y la historia de sus familiares en otros documentos, como en el «cuestionario especial» de trece páginas de 1950 confeccionado por la policía política secreta de Polonia (Urząd Bezpieczeństwa). Muchas de las fechas de nacimiento y las formas de escribir los nombres cambian de un documento a otro, algo bastante habitual entre personas que sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial;²³ muchas de ellas, tras las tragedias, las deportaciones y las huidas, reaparecían con nombres de pila, apellidos, fechas y lugares de nacimiento nuevos. Los Bauman se habían cambiado el apellido (antes era Baumann, «constructor», en alemán) para que pareciera más polaco, probablemente tras la independencia de Polonia en 1918.

A veces, los cambios no fueron intencionados, sino consecuencia de la alternancia de lengua oficial de personas que se fueron escolarizando en diversos idiomas (polaco, alemán, ruso, yidis o hebreo,²⁴ con sus tres alfabetos distintos: el cirílico, el hebreo y el latino, sin olvidar que el polaco contiene signos diacríticos que no están presentes en otras lenguas que emplean también el alfabeto latino). El nombre de la madre de Bauman, por ejemplo, era de origen yidis-hebreo y se podía transliterar como Kon, Kohn, Kahn, Con, Cehn o Cohn. De hecho, varias fuentes genealógicas indican que todas esas versiones son variantes del apellido Cohen, un nombre de la realeza en la tradición judía: proviene del hebreo y se traduce como «sacerdote», en referencia al clan sacerdotal de tiempos bíblicos que estaba encargado de custodiar el Templo original.

Los cambios de apellido también podían ser deliberados, pero, en la mayoría de los casos, obedecían al hecho de que los funcionarios de los registros usaban otras lenguas o alfabetos, o provenían de culturas diferentes. Así ocurrió, por ejemplo, con los nombres hebreos escritos por funcionarios polacos o soldados soviéticos que se habían alfabetizado en la escritura cirílica y que, durante la Segunda Guerra Mundial y después de esta, se encargaron de cumplimentar documentos oficiales. Tanto el funcionario del registro como la persona cuyo nombre se estaba cambiando podían modificarlo con la intención de afirmar una identidad, o por la necesidad de que se la percibiera como miembro de un grupo u otro. La hermana de Bauman nació llamándose Tauba (según aparece registrada en los libros de la comunidad judía), pero luego pasó a ser Teofila para que su nombre se ajustara más a la «versión» polaca de Tauba. Tras mudarse a Palestina, adoptó el nombre hebreo Tova. En documentos de posguerra, también aparece modificado su lugar de nacimiento: según su ficha de registro en Poznan, ella nació en Słupca, pero en esos otros documentos posteriores a la guerra, su lugar de nacimiento pasa a ser Włocławek, donde vivía la familia de su madre. Hablamos de dos localidades que distan ciento diez kilómetros la una de la otra y que incluso pertenecían a países diferentes.

En enero de 1919, el mes en que nació Tauba, en Włocławek no reinaba la calma, precisamente. El conflicto entre militantes comunistas y sus adversarios desembocó en una serie de pogromos contra el barrio judío, a pesar de que allí (y a diferencia de lo sucedido en Poznan) la comunidad judía sí había apoyado al Ejército polaco y al Gobierno del nuevo Estado independiente. En los meses que siguieron al final de la Primera Guerra Mundial, los pogromos ejecutados por soldados y población civil fueron frecuentes en ciudades y pueblos donde residía población judía.²⁵

El pogromo de enero de 1919 en Włocławek no se podía explicar por otro motivo que no fuera el odio hacia una minoría étnica que gozaba de una buena posición económica. Los judíos de Włocławek eran dueños, aproximadamente, del 60% de los negocios de la localidad y constituían en su mayoría un grupo fuertemente asimilado desde hacía décadas. Entre las personalidades y dueños judíos de fincas y propiedades de la ciudad, había muchos Kohn. La familia de Zofia era propietaria de una empresa constructora y pertenecía a la burguesía local.

Las variaciones del año de nacimiento fueron seguramente el tipo de modificación documental más habitual durante ese periodo. Por ejemplo, Zofia, la madre de Zygmunt, figura en documentos anteriores a la guerra como nacida en 1894, pero en los posteriores a la contienda aparece como si hubiera nacido en 1896. Muchas personas aprovecharon la ocasión brindada por el caos burocrático de la guerra y la posguerra para rejuvenecerse. En sociedades fuertemente reguladas por el Estado, donde las edades de jubilación estaban fijadas de manera muy estricta y las pensiones eran mínimas o apenas simbólicas, esa era una buena táctica para poder trabajar durante más años.

Los cambios de ocupación son, en muchos casos, indicadores muy reveladores de las variables presiones sociales que Bauman y su familia tuvieron que soportar a lo largo del siglo XX, así como de las mudables percepciones de lo que se entendía como *capital social* o *clase social*. En documentos previos a la guerra, Maurycy Bauman figura como «comerciante» (*kupiec*), mientras que, en el momento del nacimiento de Zygmunt, su padre era dueño (o copropietario) de tiendas de telas (*sklep bławatny*). A comienzos de los años treinta, tras alguna que otra quiebra, la Gran Depresión y un boicot contra los comercios judíos por parte de la comunidad polaca (que estuvo especialmente bien organizado en Poznań), Maurycy se convirtió en contable o tenedor de libros (*buchhalter*) de una empresa local, Sławiński & Toczkała. En respuesta a diversos cuestionarios administrativos de posguerra, Zygmunt Bauman dio dos ocupaciones de preguerra distintas para su padre: la primera, como comerciante o dueño de una tienda; la segunda, como contable. Por ejemplo, en el documento titulado «Anexo explicativo al currículum», del 3 de enero de 1950, podemos leer: «Hasta 1939, y tras una bancarrota, mi padre trabajó de contable y, a la vez, y a tiempo parcial, de viajante, primero de la empresa Toczkała, y luego de la firma Skowrońscy, en Poznań».²⁶

Estos cambios de información iban dirigidos a disimular los orígenes «capitalistas» de Bauman. En la Polonia de posguerra, tener un pa-

dre que había sido dueño de un negocio o había comerciado con bienes —y que, por lo tanto, era un burgués y un capitalista— era un obstáculo considerable para el ascenso profesional, sobre todo en el Ejército, el Partido Comunista y otras instituciones importantes. Haber sido un viajante o un empleado contable era mucho mejor que haber sido un capitalista. Ese era uno de los asuntos «delicados» que figuraban en la biografía de Zygmunt desde el punto de vista de sus jefes polacos tras la guerra. A finales de los años cuarenta, el problema no estaba tanto en su origen judío (pues, a fin de cuentas, había judíos en las mismas instituciones en las que él estaba) como en la historia social y profesional familiar —su origen burgués—, una cuestión mucho más seria.

Maurycy Bauman venía de una familia culta. Como Zygmunt escribió en su ensayo privado, ya mencionado:

El padre de mi padre era un tendero de pueblo, una astilla más pequeña de un tallo familiar que, en sus otras ramas (según me contaron), contenía también a algunos rabinos eruditos y renombrados *tsadiks*. Montó su negocio en un pequeño pueblo de Zagórów y se mudó después a Słupca, un pequeño centro comarcal. Hasta donde yo sé, mi abuelo no tenía más estudios que los que le había procurado la escuela religiosa (*kbeder*).²⁷

Zagórów era un pequeño pueblo de las inmediaciones de Słupca que, a finales del siglo XIX, tenía una población de menos de tres mil habitantes, de los que la quinta parte eran judíos. El abuelo de Zygmunt se mudó a Słupca antes de que naciera Maurycy. Dos de sus hijos eran también comerciantes, y su otro vástago varón, ingeniero. Los tres emigraron: el mayor,²⁸ antes de la Primera Guerra Mundial, a Karlsruhe (Alemania), y luego a Palestina; el segundo, Szymon, en 1905, a Estados Unidos, donde «probablemente era dueño de una fábrica» en Little Rock (Arkansas), según escribió Zygmunt en su «Anexo explicativo al currículo» de 1950;²⁹ y el tercero, Beniamin, directamente en 1923 a Palestina, donde se estableció en Tel Aviv. Maurycy tenía también una hermana, Zofia Izbicka, casada con un vendedor o agente comercial, que emigró a Lucerna (Suiza) en 1908. Hablamos de pautas migratorias que no tenían nada de excepcional para muchos de los habitantes de esa zona de Europa en aquel entonces.³⁰ La industrialización de Europa occidental y de Estados Unidos atrajo a un gran número de jóvenes, que dejaban atrás la inseguridad y la pobreza, llamados por la promesa de una vida mejor. No está claro si aún quedaba algún miembro de la familia en Słupca en 1939.

En su ensayo privado, Zygmunt arroja algo de luz sobre la estrategia educativa aplicada por la familia de su padre, bastante típica de los cambios sociales acaecidos en las primeras décadas del siglo xx en la Europa del Este:

El abuelo accedió de mala gana a sufragar una educación secular solo para su hijo más pequeño. Mi padre no era el menor, así que, como el resto de sus hermanos, tuvo como único maestro al *melamed* del pueblo. Sin embargo, todos los hijos (salvo el mayor, que se quedó con su padre en la tienda) se rebelaron y se fueron yendo de casa uno tras otro. [...] La rebelión de mi padre fue algo distinta y no implicó mudarse de localidad. Aprendió un alemán perfecto, un ruso aceptable, un polaco pasable y ciertas nociones de inglés y de francés, y se puso a devorar libros como un loco.³¹

Maurycy fue un «autodidacta», un amante de la lectura y un soñador, características poco adecuadas para su carrera de oficinista o pequeño empresario. Pero la ocupación que su padre y la sociedad habían pensado para él era la más compatible con las reglas que regían la vida en aquella región a principios del siglo xx: un judío de una ciudad de tamaño medio debía dedicarse al comercio. En aquella época, además, la norma establecía que los hijos siguieran el oficio del padre: esa era la forma más común de elegir una trayectoria profesional. Era una elección que, en realidad, no era elegida.

Como mi padre venía de una respetable familia de pequeños empresarios, seguramente se le suponían buenas perspectivas en ese tipo de actividad. La dote de mi madre le serviría de trampolín y el resto sería ya cosa suya. Posiblemente, nadie miró la situación más de cerca. Así que supongo que les pasó inadvertido el hecho de que mi padre combinaba una rica vida espiritual con una horrorosa falta de sentido práctico. Aquel hombre soñaba con ser un académico, pero querían que fuera un comerciante. Confundieron su brillantez intelectual con una presunta perspicacia para los negocios.³²

En su ensayo, Bauman describe a sus padres como dos personas «disparejas» o incluso «desajustadas». Procedían de orígenes familiares, regiones y estilos de vida diferentes. El padre de Zygmunt quería llevar una vida modesta y solitaria centrada en la lectura y el estudio; su madre había tenido hasta entonces la vida de una hija de familia burguesa de una ciudad de provincias y un nada desdeñable lustre cultural. Según el propio Bauman:

El padre de mi madre fue uno de aquellos «pioneros del progreso» cuya fe en el carácter progresista de sus aptitudes y sus logros se veía reforzada y multiplicada por su fe en el carácter no menos progresista de su recién adquirida condición de polaco. Mi madre recibió una educación estrictamente polaca, igual que sus cuatro hermanas y su único hermano. Todo su yidish se limitaba a aquel del que no pudieron evitar impregnarse a partir de los ecos que se oían en las calles de Włocławek: el suficiente para, años después, poder contarle a su marido en esa lengua aquellos secretos que no quería que oyeran sus hijos. Se crio además en un ambiente de decoro y decencia más afín a los patrones propios de los gentiles polacos que a los de la tradición del *shtetl*. Estaba familiarizada con las novelas románticas, la conversación inteligente, la música.³³

Ahora bien, la progresista familia Cohn estaba regida por un padre despótico («patriarcal en el sentido bíblico estricto», según lo definió Bauman), y ni las ideas liberales aprendidas en las escuelas laicas le impidieron concertar matrimonios para todas sus hijas, incluida Zofia: «Todas se casaron con hombres de negocios de moderado éxito y relativa buena posición. Mi madre también. O eso, al menos, era lo que se esperaba. [...] La desajustada pareja se casó y se mudó a Poznan en el [...] momento en que la ciudad volvía a estar bajo administración polaca tras más de cien años de ininterrumpido dominio prusiano-alemán».³⁴

Maurycy, según los registros, llegó a Poznan en 1921 y vivió primero en la calle Masztalarska con la familia Szefer, y meses más tarde, ya residía en la calle Bukowska con la familia Probański. Probablemente, fue un huésped de alquiler en ambos domicilios. El primero de ellos estaba ubicado en el barrio judío, y el segundo en el de Jeżyce, donde la familia alquilaría un piso en el número 17 de la calle Prusa en 1923. La elección de esta dirección obedecía a la firme fe de Zofia en las bondades del proceso de asimilación:

Mi madre quiso desafiar a la realidad toda su vida [...] y fue esa actitud la que la llevó a alquilar un piso en una zona que había evitado tener habitantes judíos a lo largo de siglos de la tormentosa historia de la ciudad. Era un barrio tranquilo, limpio, luminoso, respetable y muy pagado de sí mismo, donde todas las calles tenían el nombre de destacadas figuras nacionales o locales de la cultura polaca, y en el que vivían profesionales, funcionarios, militares, damas y caballeros de alta cuna, y unas cuantas viudas a quienes sus ilustres maridos difuntos habían dejado en aquel sitio para que resplandecieran a la luz de su gloria pasada.³⁵

La elección de aquel piso fue seguramente contraria a los deseos de Maurycy y representó una fuente de sufrimiento para él, pues habría preferido quedarse en el barrio judío de la ciudad vieja. Aun así, la mayor preocupación para el padre de Zygmunt fue la incapacidad que demostró para ser el sostén económico de la familia, principalmente por su desinterés por el comercio. «La tienda [de telas] abierta en la zona comercial de la ciudad fue su infierno y su prisión. [...] Mi padre se había declarado en bancarrota ya antes del estallido de la Gran Depresión.»³⁶

Maurycy Bauman trató de escabullirse de la derrota total yendo a París, donde buscó una nueva oportunidad de emprendimiento gracias a nuevos préstamos, promesas y proposiciones de negocio. Esa estancia en el extranjero quedó anotada en el registro municipal de Poznan como una ausencia que se prolongó del 22 de septiembre al 14 de octubre de 1931.

Zygmunt la recordaba así:

Durante su ausencia, nos alimentamos varias semanas a base de sopa de col, y eso fue gracias a la esposa del conserje, que tuvo la amabilidad de prestarnos un barril de col encurtida de sus propias reservas. Mi madre conservaba su habitual carácter bullicioso, pero, al cabo de unos días, llegó un telegrama y la oí sollozar. Nunca leí el telegrama, pero me sé su contenido de memoria. Sin dinero, porque unos avispados timadores parisinos se lo habían quitado cobrándole por adelantado el alquiler de una tienda (mientras, para sus adentros, se reían de aquel pobre inocentón), mi padre le preguntaba a mi madre si todavía quería tenerlo con ella. Ese es el primer recuerdo que tengo plenamente mío propio, claro e imborrable: alguien que llama fuerte a la puerta [...] y mi padre que llega, sin afeitarse, con un abrigo empapado y goteando agua sucia, cubierto de hierbajos y cieno.

Justo antes, había estado visitando despachos de comerciantes judíos acomodados, mendigando un empleo, y luego se había dirigido al hermoso puente que cruzaba el río Varta y se había arrojado desde él: «Un escuadrón de *boy scouts* que pasaban por allí se lanzaron a las aguas gélidas y rescataron a mi padre contra su voluntad».³⁷

La quiebra de su padre era una presencia dominante en los recuerdos que Zygmunt tenía de su propia infancia. En una entrevista que le hizo Tomasz Kwaśniewski,³⁸ Bauman dijo que su padre había saltado de aquel puente porque lo había perdido todo: «Recuerdo cuando se llevaron los muebles de nuestro piso. El agente de embargos nos visitaba a menudo. Pero cuando por todo Poznan comenzó a correr la noticia del intento de suicidio [de mi padre], enseguida lo contrataron de contable,

por pena. Cobraba un salario escaso, sufría discriminación y humillaciones, pero, por lo menos, mal que bien, pudo ir sosteniéndonos económicamente». Bauman dijo que Maurycy jamás explicó a sus hijos su intento de suicidio, pero escribió:

Puedo reconstruirlo. Existía una concepción anticuada del «cabeza de familia» que traía el dinero a casa. Él tenía una mujer y dos hijos, tenía que alimentarlos, vestirlos y pagarles una educación. Si no podía, no era nadie: un infame que no merecía vivir. Si no podía salvar a sus hijos y a su esposa del hambre y la humillación, era merecedor del mayor desprecio.³⁹

Aquella historia dejó una profunda marca en la familia. En la prensa de entonces se informó: «Un judío intenta suicidarse. Salvado por *scouts* polacos». ⁴⁰ Bauman asegura que fue la incompetencia de su padre, y no el boicot contra tiendas judías en Poznan, lo que lo llevó a la bancarrota. Pero los boicots, que irían en aumento a lo largo de la era de la Gran Depresión, habían comenzado ya en 1920. El 19 de noviembre de 1925, el mismo día del nacimiento de Zygmunt Bauman, el *Kurjer Poznański* publicó el anuncio de una «reunión organizativa de la Unión para la Defensa de la Industria Polaca». ⁴¹ La idea de boicotear los comercios y empresas de los judíos ya era popular ⁴² y se convirtió en un foco importante de la acción del partido antisemita de derecha *Endecja*, de Dmowski.

Con el boicot en marcha, algunos empresarios judíos trataron de eludirlo tirando de estrategias, según recordaba Fira Melamedzon-Salańska: «Contratamos a cuatro vendedores. Mi padre eligió solo a polacos porque no quería que asociaran nuestro negocio con un propietario judío». ⁴³ El padre de Melamedzon-Salańska era un buen hombre de negocios que contaba con recursos y experiencia suficientes para soslayar el boicot. No así Maurycy. Ambas familias eran de clase media, pero los Bauman tenían unos recursos limitados que resultaron insuficientes para conservar un estilo de vida «de clase media» en un contexto como aquel. No eran los típicos «judíos pobres», personas que llevaban generaciones viviendo en la pobreza en su *shtetl* o en las ciudades, trabajando en fábricas o en tiendas modestas, y realizando pequeños trabajos manuales o artesanales. Estaban atrapados a mitad de camino entre los judíos burgueses y los judíos de clase obrera.

«Yo era [...] pobre. Quiero decir que mis padres lo eran», escribió Bauman en aquella carta ensayo a sus hijas:

No vivíamos en la pobreza. No si lo comparamos con la miseria y la desventura abyectas de unas calles más abajo, donde en puestos de mala muerte se aguardaba en vano a que algún cliente perdido se dejara caer por allí, y donde los hijos de los obreros desempleados y los migrantes rurales chapoteaban con los pies descalzos en el barro de los caminos sin asfaltar. No recuerdo haber pasado hambre nunca, ni siquiera durante las inolvidables «semanas de la col». Y aun así, nuestra vida era una continua lucha por la supervivencia, en la que mi madre se esforzaba con denuedo por llegar a fin de mes, siempre corta de efectivo en las segundas quincenas de todos ellos [...]. A mí se me hacía natural que los libros, los zapatos y los calcetines fueran cosas que uno solo consigue como regalo de cumpleaños. No recuerdo haber tenido juguetes.⁴⁴

Aun con recursos limitados como aquellos, Maurycy y Zofia Bauman tenían unas expectativas culturales que se correspondían con sus orígenes sociales de familias de clase media. Estaban convencidos, por ejemplo, de que los hijos debían recibir formación musical. Cuando le pregunté a Bauman en nuestra entrevista de 2015 sobre esta cuestión, me dijo que su madre quería que él supiera tocar el piano:⁴⁵ «Teníamos un piso pequeño y quería que yo tocara, y es curioso, porque lo normal era que ese fuera un elemento indispensable en la educación de una hija [...]. Y yo tenía una hermana mayor, pero nadie la obligaba a hacer nada y a mí sí me obligaban a tocar el piano, pero no sé por qué».

Normalmente, los niños de familias judías de clase media de esa parte de Europa tocaban el violín.⁴⁶ Pero Zofia Bauman no era exactamente lo que se dice una seguidora de las modas. Como el propio Bauman le contó a Kwaśniewski, «mi madre estaba llena de proyectos, ambiciones y energía. Mujer culta como era, devoraba libros y se había preparado para una vida interesante, pero el destino la condenó a ser un ama de casa obligada a remendar descosidos».⁴⁷

Zofia era originaria de una región cuya comunidad judía atesoraba una larga tradición de emancipación religiosa. La primera escuela laica para niños judíos en Włocławek se inauguró en 1859, y el proceso de secularización y polonización de la población originariamente hebrea era bastante considerable en aquella zona. Zofia era una mujer emancipada, atea y culta, pero en su entorno se la seguía viendo principalmente como a una judía..., una judía «asimilada», sí, pero ¿eso qué quería decir?

Las memorias de Mełamedzon-Salańska nos aportan una descripción excelente de lo que significaba ser «judíos asimilados» en aquel momento y lugar:

No éramos judíos religiosos; vivíamos como los cristianos. No seguíamos los principios *kosher* (comíamos jamón y salchichas de cerdo), ni celebrábamos la comida del *sabbat*. No íbamos a la sinagoga, ni aun viviendo al lado de esta. Teníamos abierta la tienda los sábados, como casi todos los negocios judíos de Poznan. Solo en las grandes festividades —como Año Nuevo o el Yom Kipur—, cerraba papá el establecimiento porque entendía que era una vergüenza trabajar en días así [...]. Pero incluso durante la Pascua hebrea, aunque comprábamos pan ácimo, no teníamos problema en comer pan blanco de masa fermentada, algo inconcebible para los judíos religiosos. Y nunca celebramos el Shavuot ni el Purim para nada.⁴⁸

La relación de Maurycy con la religión era probablemente más distante todavía: «Mi padre era un judío practicante, pero no creyente. Siempre ayunaba en Yom Kipur y luego pasaba la jornada en la sinagoga: esa era su práctica».⁴⁹

En estas familias judeopolacas, los abuelos solían ser las grandes vías de transmisión de la tradición religiosa. También fue así en el caso del abuelo paterno de Bauman:

Recuerdo que era un hombre alto y de larga barba totalmente blanca, salvo por las manchas amarillentas que en ella dejaba el tabaco. Casi no hablaba polaco ni ninguna otra lengua que no fuera el yidis. Por eso, nuestra comunicación era limitada. Siempre estaba insistiendo en enseñarme la Biblia, de la que yo no tenía más que una idea muy vaga. Como yo no sabía leer hebreo ni lo entendía, y como sus conocimientos de polaco se limitaban a las pocas palabras que se necesitan para atender en el mostrador de una tienda, la Biblia continuó siendo un misterio total para mí hasta mucho tiempo después de aquella instrucción religiosa recibida de mi abuelo.⁵⁰

Esa era la actitud típica del judío polaco decimonónico de los pueblos, muy distinta de la que sería ya característica de la generación siguiente, la de Maurycy, en la que se iría afianzando el ideal sionista.⁵¹ «Era un creyente en la idea del sionismo —me dijo Bauman refiriéndose a su padre—. Hasta donde yo sé, era sionista. Y si lo era también antes de que naciera yo, no lo sé, pero supongo que sí.» Hasta la Segunda Guerra Mundial, el sionismo fue sobre todo un sueño que rara vez se materializaba en algo concreto. Bauman me contó un chiste judío que circulaba por aquel entonces: «¿Qué es un sionista? Un ju-

dío que utiliza a un segundo judío para enviar a un tercer judío a Palestina».

En el texto que Bauman escribió para sus hijas, afirma lo siguiente:

Creo que el sionismo de mi padre —sincero, de toda la vida y central para su visión del mundo— formaba parte de su rebelión; mejor dicho, *era* su rebelión. [...] Sion era algo en lo que no tenían cabida la oscuridad ni la inmundicia del *shtetl*, ni la codicia ni la insensibilidad, ni la mezquindad ni las personas tratadas como mulas de molino. Sí que la tenían nociones como la fraternidad y la bondad universal [...]. No encontró su Sion en Israel cuando por fin se instaló allí. Esa fue su derrota final.⁵²

A Maurycy le habría gustado emprender la *aliá*,⁵³ pero Zofia se negó. No le entusiasmaba para nada la idea de emigrar, según me contó su hijo. Sin embargo, la esposa de Bauman, Janina, dio en su propia autobiografía una versión diferente de los hechos:

Zofia (la madre de Zygmunt) me hizo una visita sorpresa. [...] Me contó la triste historia de su familia, que yo escuché con emocionado interés. Ella recordaba que, desde siempre, su marido soñó con emigrar a Palestina. A finales de los años treinta, consideraron seriamente la posibilidad de instalarse allí. Su hija Tova quería ir. Konrad [Zygmunt] era aún demasiado joven para que le preguntaran algo así; Zofia, aunque con dudas, nunca se había opuesto. Estaban a punto de marcharse cuando estalló la guerra.⁵⁴

Zygmunt fue a la escuela primaria antes de que empezara la guerra. La experiencia representó para él un fuerte contraste con lo que era su vida familiar: «Durante mi infancia, viví sumergido en un baño de cálido amor parental. Y así no entraba el frío. Porque, si lo pienso bien, había muchas razones para sentir frío».⁵⁵